

CONVERSACIONES CON ENRIQUE LIHN

Pedro Lastra.

Xalapa, Veracruz, México,
Universidad Veracruzana, Centro de Investigaciones
Lingüístico-Literarias, 1980. 153 p.

En *Conversaciones con Enrique Lihn* se consigna un verdadero diálogo de la literatura, que rescata inusitadamente el principio fundador del género dialógico: un trabajo comunitario sobre el discurso común para llegar a una visión posible de la realidad. Los dos poetas chilenos, Pedro Lastra y Enrique Lihn, independientemente de los roles de entrevistador y entrevistado que han asumido, se dan a la tarea de búsqueda conjunta del justo discurso, tomando como objeto la importante producción poética y narrativa de Lihn, instituida en las letras contemporáneas del continente con obras como *La pieza oscura* (1955-1962), *Poesía de paso* (Premio Poesía 1966, Casa de las Américas) y *El arte de la palabra* (novela, 1981).

El prólogo deja ver que los interlocutores han seguido un método de composición fiel al arte conversatorio; a partir de la materia oral prima de unas primeras conversaciones recogidas en cinta magnetofónica, han re-hablado y escrito el texto que ocupa unas 132 páginas en su actual edición. Obtenemos en estas páginas unas conversaciones muy seguras del lugar que frecuentan. Hasta el punto de que en ellas se abre una puerta que va más allá de las ensaladas anecdóticas y de opiniones coloridas, del biografismo inspiracional y el pintoresquismo libresco que han caracterizado la mayoría de las conversaciones con autor apoyadas más en el interés humano o periodístico que suscitan los sujetos envueltos, que en la búsqueda de un discurso verdaderamente reflexivo sobre la propia práctica literaria.

Aquí cada texto importante del autor entrevistado sirve de núcleo objetivante de la conversación, sin que por ello falte la diégesis de circunstancias autobiográficas, de relaciones entre personalidades y móviles literario-artísticos pertinentes. Encontramos que las referencias de Lihn a su niñez y educación posterior, a los heterogéneos personajes que animan la academia y la bohemia santiaguina, se funcionalizan claramente en torno a su acceso particular a una determinada poética, acceso diferenciable dentro de la tipología de personajes y preferencias presentada. De igual forma la escueta información sobre los viajes reales de Enrique Lihn se va engranando al análisis genético de textos como los de *La pieza oscura* y *Poesía de paso*. Se examina, entre muchos otros, el procedimiento fundamental en la poesía de Lihn, de la incorporación del 'material bruto' a la escritura.

Además, a partir del intento de reconstitución del mecanismo productivo de los textos lihneanos, del desamarre de las líneas intertextuales y contextuales que los cruzan, las conversaciones irradian un discurso meta-literario envolvente que oscila entre el análisis y la síntesis, con acercamientos a veces agudísimos a cuestiones como el lenguaje de Gabriela Mistral, la generación del 27 y Miguel Hernández, la sátira de Quevedo y la desacralización poética. Sobre lo último reverbera todavía en nuestra lectura la afirmación caracterizadora del propio trabajo poético de Lihn: "Si no te refugias en un juego poético estereotipado —un manierismo aparentemente supratemporal, con tópicos y figuras

fijos— necesariamente abres la poesía a los buenos y malos sentimientos, le comunicas el aire de la calle o la asfixia de la cárcel; ella contrae tales o cuales enfermedades, actúa en el circo o es recluida en el manicomio” (p. 68).

Particularmente entrelazado a dicha apertura poética hallamos el movido diálogo sobre Borges en que las *Conversaciones ‘con’...* casi se tornan en *Conversaciones ‘entre’...*; donde se sigue con bastante afán el eje programático-poético que va de Poe y Baudelaire a Borges, discutiéndose la asunción, por los primeros postulada y en el último histriónica, de la materialidad técnica del oficio literario.

A todos los movimientos de la conversación subyace la armazón teórica muy productiva de Lihn, que gira en torno al problemático estatuto de la literatura frente a lo real; que Lihn a veces parece invertir desde el polo de la literatura, quedando lo real como categoría problemática para ésta. Obviamente él rechaza la normativa del realismo tradicional, incluyendo al menos la teoría literaria marxista anterior a los críticos de Frankfurt. A ese respecto no queda claro hasta qué punto deja una ventana abierta a estéticas postlukacsianas como las de Goldmann y Karil Kosick, entre otros. No expresa tampoco afinidad con las versiones teóricas fundadas en la inmanencia ontológica radical del sistema literario: “Yo le temo a la gratuidad de una poesía que no se funda en un modelo ‘real’. Esta última palabra es la que incomoda: realidad del referente, realidad del sentido que no tiene referente, realidad como criterio de configuración: un sistema coherente es índice de realidad [y más adelante]. La realidad es algo que debe ser superado desde el punto de vista realista” (pp. 34 y 43).

A pesar de la indudable visión común existente entre los interlocutores, no hay homogeneidad de conceptos a todos los niveles. No obstante su rol autoimpuesto de “apuntador”, o más bien, de conciencia diseminadora, Lastra frecuentemente pasa a ‘excitar’ teóricamente el diálogo y en sus muy breves desarrollos se perciben desplazamientos que lo diferencian de Lihn, tendientes a concederle una mayor autosuficiencia al sistema literario, sustentada en los mecanismos de una intertextualidad acumulada históricamente.

En fin, el resultado de esta relativa frondosidad teórica en las *Conversaciones...* es un saludable distanciamiento de su objeto inmediato y central —la producción poética del entrevistado. Saludable, en la medida en que la distancia abstractiva alcanzada mediante ciertos instrumentos teóricos es lo que permite un acercamiento operatorio al objeto de estudio. Y es precisamente en colaboración con el autor que en este libro se traspasa la pantalla de la creatividad imponderable, para tratar de indagar, al calor de un esfuerzo reflexivo, los mecanismos del oficio. Ocurre lo que en cierto punto enuncia Lihn. “El reconocimiento de la literatura como real” —es decir, como otra de las realidades creadas por el hombre, que no hay por qué mixtificar con el vicio positivista de señalarle zonas ‘irreales’ prohibidas. Por otra parte, superando los vicios idealistas, se reconoce implícitamente que misterioso podría ser el hecho de que el hombre *crea*, pero no debe haber misterios sobre *cómo* crea el hombre esas realidades culturales.

En este aspecto estas *Conversaciones...* nos recuerdan cierto espíritu que rige en aquellas de Leonidas Morales con Nicanor Parra, que sirven de extenso anejo a su libro *La poesía de Nicanor Parra* (1972). A pesar del ímpetu mayormente confesional de sus locuciones, en la parte final Parra alcanza a describir empíricamente su oficio, incluyendo lo que podríamos llamar la semiología que le adscribe a sus artefactos, sometándose a la audición pasiva de Morales. La

diferencia es que Lihn aborda la metasemiología, y el análisis operatorio de sus textos. Lihn no adscribe sus claves, sino que intenta dilucidarlas inductivamente con la asistencia crítica de Pedro Lastra, en una especie de autosemioanálisis.

Conversaciones con Enrique Lihn abre un intrigante capítulo en la crítica de su obra y quizá inicia un nuevo género del discurso crítico, el del diálogo semioanalítico con el autor —búsqueda a la que no le teme quien escribió el desvelador poema *Mester de juglaría*, denunciando que “el estilo [...] no es el hombre sino la suma de sus incertidumbres”.

Juan Ramón Duchesne